

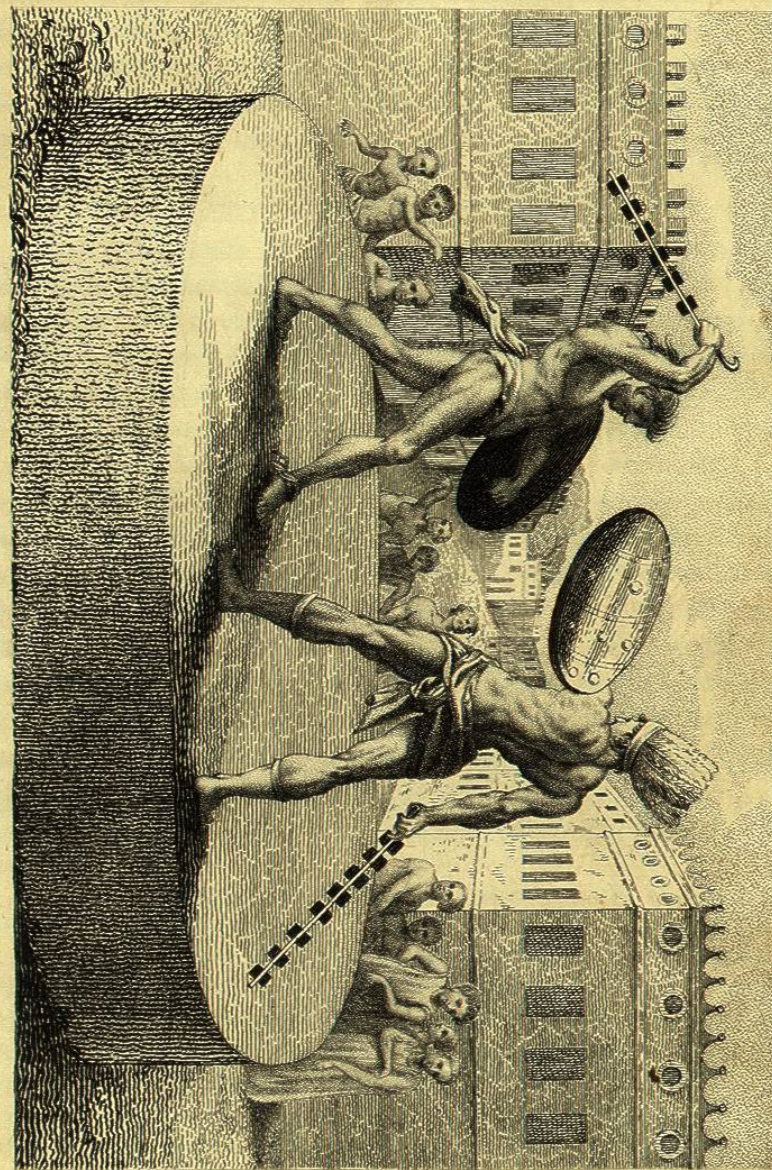
tancias mas barbaras, como veremos despues: pero tenian otras especies de sacrificios, que solo se celebraban en ciertas ocasiones. En la fiesta de Teteoinan, la muger que representaba esta diosa era decapitada, mientras otra muger la sostenia en sus hombros. En la de la llegada de los dioses, las victimas morian en las llamas. En una de las fiestas que hacian a Tlaloc, le sacrificaban dos niños de ambos sexos, ahogandolos en el lago. En otra fiesta del mismo dios, compraban tres muchachos de seis o siete años, y encerrandolos con abominable inhumanidad en una caverna, los dejaban morir de hambre, y horror.

*Sacrificio gladiatorio.*

Pero el mas célebre sacrificio de los Megicanos era el que los Españoles llamaron con razon *gladiatorio*. Este era sumamente honroso, y solo se destinaban a él los prisioneros mas afamados por su valor. Habia cerca del templo mayor de las ciudades grandes, en un sitio capaz de contener una inmensa muchedumbre de gente, un terraplen redondo, de ocho pies de alto, y sobre él una gran piedra redonda, semejante a las de molino, pero mucho mayor, de casi tres pies de alto, lisa, y adornada con algunas figuras\*. Sobre esta piedra, que ellos llamaban *Temalacatl*, ponian al prisionero, armado de rodela, y espada corta, y atado al suelo por un pie. Con él subia a pelear un oficial o soldado Megicano, a quien daban mejores armas que las del prisionero. Cada cual puede figurarse los esfuerzos que haria aquel infeliz para evitar la muerte, y los que emplearia su contrario, para no perder su repntacion militar, delante de tan gran numero de testigos. Si el prisionero quedaba vencido, acudia inmediatamente un sacerdote llamado *Chalchintephua*, y muerto o vivo, lo llevaba al altar de los sacrificios comunes, donde le abria el pecho, y le arrancaba el corazon. El vencedor era aplaudido de la muchedumbre, y recompensado por el rei con alguna insignia militar. Pero si el prisionero vencia a aquel, y a otros seis, que segun el conquistador anonimo, subian a pelear sucesivamente con él, se le concedia la vida, la libertad, y todo cuanto le habian quitado, y se volvía lleno de gloria a su patria †. El mismo autor refiere que en

\* Los edificios representados en la estampa han sido dibujados caprichosamente por el artista; aunque las azoteas, y merlones son como los que los Megicanos construian.

† Algunos escritores dicen que vencido el primer combatiente quedaba libre el prisionero: pero yo doi mas credito al conquistador, pues no parece probable



SACRIFICIO GLADIATORIO.

una batalla que dieron los Choluleses a sus vecinos los Huejotzincques, el principal señor de Cholula se empeñó de tal modo en la refriega, que habiendose alejado de los suyos, fue hecho prisionero, y conducido a Huejotzinco, y puesto sobre la piedra del sacrificio, vencio a los siete combatientes, que se requerian alli para declarar la victoria: pero los Huejotzincques, previendo el daño que podria hacerles un enemigo tan animoso, si le concedian la libertad, le dieron muerte, contra la costumbre universal, y desde entonces quedaron infames a los ojos de todas aquellas naciones.

*Numero incierto de los Sacrificios.*

Acerca del numero de victimas que se sacrificaban anualmente, nada podemos asegurar, por ser mui diversas las opiniones de los historiadores\*. El numero de veinte mil, que es el que parece acercarse mas a la verdad, comprende todos los hombres sacrificados en el imperio, y no me parece exagerado: pero si se limita a los niños, o a las victimas sacrificadas tan solo en el monte Tepeyacac, o en la capital, como quieren algunos, lo creo enteramente inverosimil. Es cierto que no habia numero fijo de sacrificios, si no proporcionado al de prisioneros que se hacian en la guerra, a las necesidades del estado, y a la calidad de las fiestas, como se vio en la dedicacion del templo mayor de Megico, que fue cuando la crueldad de los Megicanos traspasó los limites de la verosimilitud. Lo cierto es que eran muchos, por que las conquistas de los Megicanos fueron rapidisimas, y en sus frecuentes guerras no procuraban tanto matar enemigos, quanto hacerlos prisioneros para los sacrificios. Si a estas victimas que a tan poca costa diesen libertad a un prisionero que podria serles tan perjudicial por su valor, y privasen a los dioses de una victima tan grata a su crueldad.

\* El señor Zamarraga, primer obispo de Megico, en su carta de 12 de Junio de 1531, escrita al capitulo general de su orden, congregado en Tolosa, dice que en aquella sola capital se sacrificaban anualmente veinte mil victimas humanas. Otros, citados por Gomara, afirman que el numero de los sacrificios llegaba a cincuenta mil. Acosta escribe que habia dias en que en diversos puntos del imperio Megicano se sacrificaban cinco mil, y uno de veinte mil. Otros creyeron que solo en el monte Tepeyacac se sacrificaban veinte mil a la diosa Tonantzin. Torquemada, citando aunque infielmente la carta del señor Zumarraga, dice que se sacrificaban anualmente veinte mil niños. Por el contrario el Sr. Las Casas en su impugnacion del sangriento libro del Dr. Sepulveda, limita estos sacrificios a tan pequeño numero, que apenas da lugar a creer que fuesen diez, o cuando mas ciento. No dudo que todos estos escritores exageran. Las Casas por defecto, y los demas por exeso.

se añaden los esclavos que compraban con el mismo objeto, y los delincuentes destinados a espiar de aquel modo sus crímenes, hallaremos un número algo mayor que el que señala el Sr. Las Casas, demasiado propenso a excusar a los Americanos de los excesos de que los acusaban los Españoles\*. Los sacrificios se multiplicaban en los años divinos, y mucho más en los seculares.

Acostumbraban los Megicanos en sus fiestas vestir a la víctima con el mismo ropaje, y adornarla con las mismas insignias que se atribuían al dios en cuyo honor se sacrificaba. Así paseaba toda la ciudad, pidiendo limosna para el templo, en medio de una guardia de soldados, para que no se escapase. Si se escapaba, sacrificaban en su lugar al cabo de la guardia, en pena de su descuido. Cebaban a estos desventurados, como nosotros hacemos con algunos animales.

No se limitaba a esta clase de víctimas la religión Megicana: hacíanse también de varias especies de animales. Sacrificaban a Huitzilopochtli codornices y esparavanes, y a Mijcoatl, liebres, conejos, ciervos, y coyotes. Al sol inmolaban todos los días codornices. Cada día, al salir aquel astro, estaban en pie muchos sacerdotes, con el rostro vuelto acia Levante, cada uno con una codorniz en la mano, y al despuntar el disco del planeta, lo saludaban con música, cortaban la cabeza a los pajaros, y se los ofrecían. Después incensaban al sol, con gran estrepito de instrumentos musicales.

Ofrecían también a sus dioses, en reconocimiento de su dominio, varias especies de plantas, flores, joyas, resinas, y otros objetos inanimados. A Tlaloc, y a Coatlicue presentaban las primicias de las flores, y a Centeotl, las del maíz. Las oblaciones de pan, de masas, y de otros manjares eran tan cuantiosas, que bastaban a saciar a todos los ministros del templo. Cada mañana se veían al pie de los altares innumerables platos, y escudillas, calientes todavía, afin de que su vapor llegase a las narices del idolo, y fuese alimento de los dioses inmortales.

Pero la oblacion más frecuente era de copal. Todos incensaban diariamente a sus ídolos, así que el incensario era mueble indispensable en la casa. Usaban incensar acia los cuatro puntos cardinales, los sacerdotes en los templos, los padres de familia en sus moradas, y los jueces en los tribunales, cuando iban a fallar una causa grave, civil, o criminal. Esta ceremonia no era en aquellos pueblos un acto

\* No sé por qué el Señor Las Casas, que en sus escritos se vale contra los conquistadores del testimonio del Señor Zumarraga, y de los primeros religiosos, los contradice cuando tratan del número de sacrificios.

puramente religioso, si no también un obsequio civil que hacían a los magnates, y a los embajadores.

La crueldad y la superstición de los Megicanos, sirvieron de ejemplo a todas las naciones que conquistaron, y a las inmediatas a sus dominios, sin otra diferencia que la de ser menor entre ellas el número de aquellos abominables sacrificios, y de practicarlos con algunas ceremonias particulares. Los Tlascalenses, en una de sus fiestas, ataban un prisionero a una cruz alta, y lo mataban a flechazos, y en otras ocasiones, ataban la víctima a una cruz baja, y la mataban a palos.

#### *Sacrificios inhumanos en Quauhtitlan.*

Eran célebres los inhumanos, y espantosos sacrificios que de cuatro en cuatro años celebraban los Quauhtitlaneses al dios del fuego. El día antes de la fiesta plantaban seis árboles altísimos en el atrio inferior del templo, sacrificaban dos esclavas, les arrancaban el pellejo, y les sacaban los huesos de los muslos. Al día siguiente se vestían dos sacerdotes, de los de más dignidad, con aquellos sangrientos despojos, y con los huesos en la mano, bajaban a lento paso, y profiriendo agudos gritos, por las escaleras del templo. El pueblo, agolpado al pie del templo, repetía en alta voz: "He aquí a nuestros dioses que se acercan." Cuando llegaban los sacerdotes al atrio inferior, comenzaban, al son de instrumentos, un baile que duraba casi todo el día. Entretanto el pueblo sacrificaba tan gran número de codornices, que a veces llegaban a ocho mil. Terminadas estas ceremonias, los sacerdotes llevaban seis prisioneros a lo alto de los árboles, y atándolos a ellos, bajaban: pero a penas habían llegado al suelo, ya habían perecido aquellos desgraciados, con la muchedumbre de flechas que les tiraba el pueblo. Los sacerdotes subían de nuevo a los árboles, para desatar a los cadáveres, y los precipitaban desde aquella altura. Al punto les abrían el pecho, y les sacaban el corazón, según el uso general de aquellos pueblos. Así estas víctimas humanas, como las codornices se distribuían entre los sacerdotes, y los nobles de la ciudad, para que sirviesen en los banquetes, con que daban fin a tan detestable solemnidad.

#### *Austeridad y ayunos de los Megicanos.*

No eran aquellos habitantes menos desapiadados consigo mismos que con los otros. Acostumbrados a los sacrificios sangrientos de sus prisioneros, se hicieron también prodigos de su misma sangre, pare-

ciendoles poco la que derramaban sus victimas para aplacar la sed infernal de sus dioses. No se pueden oír sin espanto las penitencias que hacian, o en espiacion de sus culpas, o para disponerse dignamente a celebrar las fiestas religiosas. Maltrataban sus carnes como si fueran insensibles, y vertian su sangre, como si fuera un liquido superfluo.

Algunos sacerdotes llamados *Tlamacazqui*, se sacaban sangre casi diariamente. Clavavanse las agudisimas espinas del maguei, y se perforaban algunas partes del cuerpo humano, especialmente las orejas, los labios, la lengua, los brazos, y las pantorrillas. En los agujeros que se hacian con aquellas espinas, introducian pedazos de caña, agudisimos al principio, y cuyo volumen aumentaban progresivamente. La sangre que salia, la guardaban cuidadosamente en ramos de la planta llamada *Acjojatl*\*. Clavaban despues las espinas ensangrentadas en unas bolas de heno, que esponian en los merlones del templo, a fin de que constase la penitencia que hacian por el pueblo. Los que se daban a estas practicas en el recinto del templo, se bañaban en un estanque, el cual por tener siempre las aguas teñidas de sangre, se llamaba *Ezapan*. Habia un cierto numero señalado de cañas para esta penitencia, las cuales se guardaban para memoria.

Ademas de estas, y otras austeridades, de que despues hablaremos, eran frequentisimos entre los Megicanos los ayunos, y las vigiliass. Apenas habia fiesta a la que no se preparasen con ayunos de mas o menos dias, segun lo prescrito en su ritual. El ayuno se reducía, segun puedo colegir de la historia, a astenerse de carne, y vino, y a comer una sola vez al dia; lo que algunos hacian a medio dia, otros despues, y muchos estaban sin probar bocado hasta la noche. Acompañaban por lo comun el ayuno con vigilia, y con efusion de sangre, y entretanto no les era permitido acercarse a ninguna muger, ni aun a la legitima.

Entre los ayunos, habia algunos generales, a los cuales estaba obligado todo el pueblo, como el de los cinco dias, que precedia a la fiesta de Tezcatlipoca, y el que se hacia en honor del sol†. En semejantes

\* *Acjojatl* era planta de muchos tallos derechos, de hojas largas, y fuertes, y dispuestas con simetria. De estas plantas hacian, y hacen actualmente buenas escobas.

† El ayuno, que se hacia en honor del sol, se llamaba *Netonatiuhzahualo*, o *Netonatiuhzahualiztli*. El Dr. Hernandez dice que se hacia despues de cada periodo de doscientos o de trescientos años. Creo que seria en el dia 1 *olin*, que caia cada doscientos sesenta dias.

casos, el rei se retiraba a cierto sitio del templo, donde velaba, y se sacaba sangre, segun el uso de la nacion. Otros no eran obligatorios si no para algunos particulares, como el que hacian los dueños de las victimas el dia antes del sacrificio. Veinte dias ayunaban los dueños de los prisioneros de guerra, que se inmolvaban al dios Gipe. Los nobles tenian, como el rei, una casa dentro del recinto del templo, con muchas piezas, a las que se retiraban a hacer penitencia. En una de las fiestas, todos los que servian empleos publicos, despues de haber pasado el dia en el egercicio de sus funciones, empleaban la noche en aquel retiro. Durante el mes tercero, velaban todas las noches los *Tlamacazques*, o penitentes, y durante el cuarto mes, ellos, y los nobles.

En la Mijteca, donde habia muchos monasterios, antes de tomar posesion de sus estados los primogenitos de los señores, se sometian, por espacio de un año, a una rigurosa penitencia. Lo conducian en pompa a uno de los monasterios, donde, despojado de sus ropas, le vestian otras impregnadas en goma elastica, le untaban con ciertas yerbas fetidas el rostro, el vientre, y la espalda, y le entregaban una lanceta de itztli, para que se sacase sangre. Obligabanlo a una rigurosa astinencia, le imponian las mas duras fatigas, y castigabanlo severamente por la menor falta que cometia. Cumplido el año lo conducian a su casa con gran aparato, y musica, despues de haberlo lavado cuatro doncellas con aguas olorosas.

En el templo principal de Teohuacan habitaban cuatro sacerdotes célebres por la austeridad de su vida. Vestianse como la gente pobre; su comida se reducía a un pan de maiz de dos onzas, y su bebida a un vaso de *atolli*, que era un brevage hecho con el mismo grano. Cada noche velaban dos de ellos, y pasaban el tiempo cantando himnos a sus dioses, incensando los idolos, cuatro veces en la noche, y derramando su propia sangre en los hogares del templo. El ayuno era continuo en los cuatro años que duraba aquella vida, exepcto en un dia de fiesta, que habia cada mes, y en el cual les era licito comer cuanto querian: mas para cada fiesta se preparaban con la acostumbrada penitencia, perforandose las orejas con espinas de maguei, y pasandose por los agujeros hasta sesenta pedazos de cañas, de diferentes tamaños. Pasados los cuatro años, entraban otros cuatro sacerdotes a egercer la misma vida, y si antes de espirar el termino, moria uno de ellos, lo sustituia otro, a fin de que nunca faltase el numero. Era tan grande la fama de aquellos sacerdotes, que hasta los mismos reyes de Megico los veneraban: pero, ¡desgraciado del que faltaba a la continencia! pues si despues de una menuda indagacion se hallaba

ser cierto el delito, era muerto a palos, quemado su cadaver, y las cenizas esparcidas al viento.

En ocasiones de alguna calamidad publica los sumos sacerdotes de Megico hacian un ayuno extraordinario. Retirabanse a un bosque, donde se construia una cabaña, cubierta de ramos siempre verdes, pues cuando uno se secaba, se ponía en su lugar otro nuevo. Encerrado en aquella morada, privado de toda comunicacion, y sin otro alimento que maiz crudo, y agua, pasaba el sumo sacerdote nueve o diez meses, y a veces un año, en continua oracion, y frecuente efusion de sangre.

*Penitencia célebre de los Tlascalenses.*

Era tambien famoso en aquel pais el ayuno que los Tlascalenses hacian en el año divino, en el cual celebraban una fiesta solemnisima a su dios Camajtle. Llegado el tiempo de empezarlo, convocaba a todos los Tlamacazques, o penitentes, su gefe llamado *Achcauhli*, y los exortaba a la penitencia, advirtiendoles que si alguno no se hallaba con las fuerzas necesarias para practicarla, se lo hiciese saber en el termino de cinco dias; pues si pasado aquel plazo faltase al ayuno, o lo infringiese una vez empezado, seria calificado de indigno de la compañía de los dioses, y despojado del sacerdocio, y de todo cuanto poseia. Despues de los cinco dias concedidos para tomar una resolucion, subia aquel personage, con todos los que tenian animo de hacer la penitencia, que solian ser mas de doscientos, al altísimo monte Matlalcueye, en cuya cima habia un santuario dedicado a la diosa del agua. El Achcauhli llegaba solo a la mayor altura, para hacer una oblacion de piedras preciosas, y copal, y los otros quedaban a medio monte, rogando a la diosa les diese fuerza, y valor para aquella austeridad. Bajaban entonces del monte, y mandaban hacer navajas de itzli, y unas varillas de diferentes tamaños, y grueso. Los operarios de aquellos instrumentos, ayunaban cinco dias antes de hacerlos, y si rompian un cuchillo o vara, se tenia a mal agüero, pues indicaba que el operario habia roto el ayuno. En seguida empezaba el de los Tlamacazques, que no duraba menos de ciento sesenta dias. El primer dia se hacian un agujero en la lengua para introducir las varas, y a pesar del grave dolor que sentian, y de la mucha sangre que derramaban, se esforzaban en cantar a sus dioses. De veinte en veinte dias repetian aquella cruel operacion. Pasados los primeros ochenta dias de ayuno de los sacerdotes, empezaba el del pueblo, de que ninguno se eximia, ni aun los gefes de la republica. A nadie era licito en aquel tiempo bañarse, ni comer la pimienta con que condimentaban sus manjares.

ser cierto el delito, era muerto a palos, quemado su cadaver, y las cenizas esparcidas al viento. En ocasiones de alguna calamidad publica los sumos sacerdotes de Megico hacian un ayuno extraordinario. Retirabanse a un bosque, donde se construia una cabaña, cubierta de ramos siempre verdes, pues cuando uno se secaba, se ponía en su lugar otro nuevo. Encerrado en aquella morada, privado de toda comunicacion, y sin otro alimento que maiz crudo, y agua, pasaba el sumo sacerdote nueve o diez meses, y a veces un año, en continua oracion, y frecuente efusion de sangre.

*Penitencia célebre de los Tlascalenses.*

Era tambien famoso en aquel pais el ayuno que los Tlascalenses hacian en el año divino, en el cual celebraban una fiesta solemnisima a su dios Camajtle. Llegado el tiempo de empezarlo, convocaba a todos los Tlamacazques, o penitentes, su gefe llamado *Achcauhli*, y los exortaba a la penitencia, advirtiendoles que si alguno no se hallaba con las fuerzas necesarias para practicarla, se lo hiciese saber en el termino de cinco dias; pues si pasado aquel plazo faltase al ayuno, o lo infringiese una vez empezado, seria calificado de indigno de la compañía de los dioses, y despojado del sacerdocio, y de todo cuanto poseia. Despues de los cinco dias concedidos para tomar una resolucion, subia aquel personage, con todos los que tenian animo de hacer la penitencia, que solian ser mas de doscientos, al altísimo monte Matlalcueye, en cuya cima habia un santuario dedicado a la diosa del agua. El Achcauhli llegaba solo a la mayor altura, para hacer una oblacion de piedras preciosas, y copal, y los otros quedaban a medio monte, rogando a la diosa les diese fuerza, y valor para aquella austeridad. Bajaban entonces del monte, y mandaban hacer navajas de itzli, y unas varillas de diferentes tamaños, y grueso. Los operarios de aquellos instrumentos, ayunaban cinco dias antes de hacerlos, y si rompian un cuchillo o vara, se tenia a mal agüero, pues indicaba que el operario habia roto el ayuno. En seguida empezaba el de los Tlamacazques, que no duraba menos de ciento sesenta dias. El primer dia se hacian un agujero en la lengua para introducir las varas, y a pesar del grave dolor que sentian, y de la mucha sangre que derramaban, se esforzaban en cantar a sus dioses. De veinte en veinte dias repetian aquella cruel operacion. Pasados los primeros ochenta dias de ayuno de los sacerdotes, empezaba el del pueblo, de que ninguno se eximia, ni aun los gefes de la republica. A nadie era licito en aquel tiempo bañarse, ni comer la pimienta con que condimentaban sus manjares.